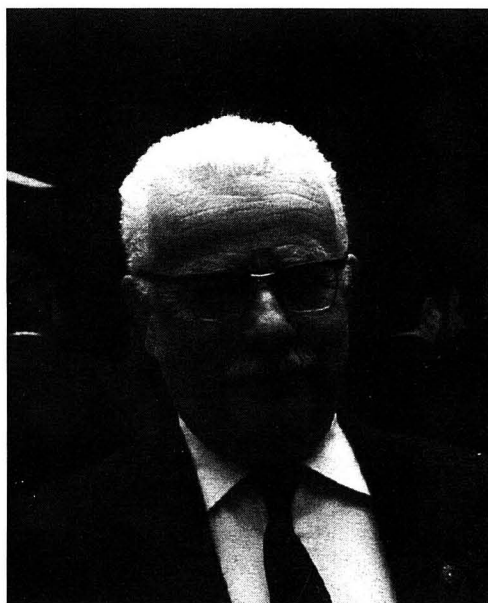


En recuerdo de D. Alfonso de Sierra Ochoa

FERNANDO SORIA MARTINEZ



El pasado día 22 de junio falleció Alfonso, en Barcelona a causa de una larga y dolorosa enfermedad. Fue enterrado en Canyamás, pueblecito cercano a Mataró donde solía pasar los fines de semana. Allí nos encontramos un puñado de discípulos agradecidos que habíamos colaborado con él durante muchos años.

Hacia tres semanas que le habíamos visitado en su casa; por ella íbamos desfilando los más allegados a él. Los temas de conversación eran los de siempre, los Asisos, discípulos colaboradores de Alfonso, las familias, y por último la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. Nuria, su mujer, me comentaba como había llegado a corregir los más de cien ejercicios del curso último, unos días antes de fallecer, aunque no le respondiesen las fuerzas.

Son muchos los recuerdos, agradecimientos y afectos que me unen a Alfonso; entre ellos tengo que resaltar su buen humor, su cariño, su espíritu y capacidad de trabajo, su fecundidad multidisciplinaria y su amor a la Universidad de Navarra.

Alfonso fue ante todo un hombre de bien, gran maestro y profesor universitario, ilusionante, ilusionado e ilusionador de forma que era muy fácil trabajar a su lado. Era una persona muy trabajadora y de enorme eficacia en el trabajo por su gran capacidad de organización. Así mismo era exigente. Nos hacía trabajar.

Su vida transcurrió fundamentalmente, siendo arquitecto, en Tetuán, cerca de veinte años, vivía en Barcelona donde fue catedrático de construcción y arquitecto de la Diputación de Barcelona, en Sevilla y en Pamplona en la Escuela de Arquitectura donde fue profesor veinticuatro años.

Nos dejó muchas anécdotas de sus vivencias personales, en las que siempre intentaba situarse como un espectador privilegiado que analiza los distintos personajes, de toda condición, con los que había convivido fundamentalmente por razones de trabajo, intentando conocer al hombre en sus distintas circunstancias.

Estudió profundamente la arquitectura árabe y transmitió ese amor a lo árabe, la historia de América, la literatura, la construcción...

Sus discípulos más allegados, entre los que me encuentro, concluíamos en una tertulia, la noche de su entierro, con una conclusión: "A su lado uno se encontraba bien; nos hacía agradable las obligaciones profesionales; sabía escucharnos; nos enseñaba a ver lo positivo de las situaciones y a amar a la Universidad de Navarra".

Hasta siempre Alfonso.

